

DE RAMÓN J. VELÁSQUEZ EN LA PRESENTACIÓN  
DE UN GRUPO DE LIBROS DEL EDITOR EN LA  
ASOCIACIÓN PRO VENEZUELA, EL 19 DE MAYO

En la tarjeta de invitación a este acto, JOSÉ AGUSTÍN CATALÁ dijo que yo intervendría en el a ruego del editor. Es falso. Le pedí que me incluyera para decir unas cuantas cosas y recordar un poco la historia de este singular editor heterodoxo. En realidad, JOSE AGUSTÍN CATALÁ figura ya por derecho propio en la lista de los grandes impresores y de los grandes editores de la historia venezolana. Figura en el número muy escaso de quienes en el siglo XIX decidieron gastar energías en esta empresa de las ediciones, como Sagresta, el del milagro editor en Puerto Cabello, que realiza la primera edición de una colección venezolana que por su precio podía llegar a todos los lectores.

En este siglo en realidad sólo se pueden señalar antes de la aparición del editor Catalá, dos personas dedicadas a este tipo de empresa: en los comienzos de siglo, Herrera Irigoyen, el fundador y director de **El Cojo Ilustrado**, que se dedica a imprimir y publicar en ediciones realmente preciosas las obras de los cuentistas y de los poetas que por su actitud en la época tenían muy escasos lectores, y luego la empresa de Juan de Guruceaga, en los últimos años de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Guruceaga es el editor de Rómulo Gallegos y el editor de Luis Castro, de toda esa generación de los vanguardistas, que constituye una especie de rebelión contra el silencio. Eran ediciones que tenían que repartirse en su mayoría en forma gratuita. Hoy son riquezas de coleccionistas, pero para Guruceaga fueron riesgo y pérdida. En esta misma línea de Sagresta, de Valentín Espinal, de Herrera Irigoyen y de Guruceaga, está Catalá, quien realiza la hazaña editorial más audaz e importante en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez y arriesga su empresa editorial Ávila Gráfica, cuando en la esquina de Hoyo, con las puertas abiertas y desafiando la vigilancia policial, imprime un libro de más de trescientas páginas y lo pone a circular a través de toda Venezuela bajo el signo de **Editorial Centauro** de México, y este libro circula como si en verdad hubiera sido editado en el exterior. Soy testigo de la empresa porque colaboré en una parte de la redacción del libro.

El resultado era el natural: la liquidación por el gobierno de la empresa Ávila Gráfica y cuatro años de prisión para JOSÉ AGUSTÍN CATALÁ. Lo encontré en la cárcel y una de sus preocupaciones era la falta de memoria de los venezolanos, la falta de memoria que se traducía luego en la deificación de los hombres del pasado, por una parte, la ausencia del estudio de la historia y esa alegre impunidad que vive siempre Venezuela, en donde sigue siendo verdad la frase de Morantes escrita para Gómez el año 11: "El poder es breve, la impunidad eterna". Preocupaba mucho a Catalá el hecho de que ya los crímenes de Gómez, la crueldad de Gómez, la empresa de deformar al país en que tanto se empeñó, no se analizara ni se denunciara, y se propuso lo que luego realizó a lo largo de los años, en la década del 60: editar, distribuir y repartir libros en los cuales se relatara la historia de la última dictadura, y que estuvieran al alcance de todos. Pero la empresa de Catalá se proyecta sobre el presente y el futuro.

Él ha querido ser también, como lo fue Herrera Irigoyen, como lo fue Guruceaga en su tiempo, el editor de los heterodoxos, de los que niegan un sistema, de los que no encuentran editor. Más que un negocio, en Catalá la empresa de editor es una pasión, un deseo de servir a Venezuela. Ha contribuido al conocimiento por parte del país de numerosas personalidades de la política y de la literatura que están surgiendo y consolidan su nombre como los dirigentes de un país nuevo y distinto. No solamente en la obra de la política, insisto, sino también en el conocimiento de los valores literarios.

Esta noche presenta, entre otras, la obra de Moisés Moleiro, que es la expresión de un debate, muy interesante, que las diversas corrientes de la izquierda venezolana están haciendo sobre sus puntos de vista. Destaco este libro porque igual que el de Petkoff, igual que el de Larrazábal, están planteando por primera vez el tema desde el punto de vista ideológico, desde el punto de vista doctrinario, y esto es muy positivo en una Venezuela en donde se está liquidando lo ideológico, se está arrinconando lo doctrinario para imponer en todos los aspectos de la vida un tono de pragmatismo negativo e insolente. Obras de José Vicente Abreu, obras de Manuel Caballero, han sido editadas por Catalá, igual que de Pompeyo Márquez, de Gustavo Machado y de todas esas figuras que representan un país en ebullición y en marcha. Aquí también se presenta un nuevo libro del doctor José León Tapia, expresión del escritor, del investigador y del historiador en la provincia, con una obra interesante, original y ya fecunda en títulos. Estimula también a un valor joven de las últimas generaciones como es Palenzuela, que representa un esfuerzo y una disciplina. Y un libro que es todo un testimonio de una vida y un testimonio histórico de extraordinario valor: el de Luis Evaristo Ramírez sobre la huelga de los telegrafistas en 1930.

Estas luchas, estos esfuerzos frente a la dictadura de Gómez, se han perdido en una forma tal, que ya se nos presenta al dictador en las mejores plumas como un buen hacendado montañés, un hombre patriarcal lleno de consejas y consejos, que castiga a quienes no quieren estudiar, y surge un personaje que es el único bueno en un país de malos y de corrompidos. Eso no es cierto, porque en este país, a lo largo de veintisiete años, hubo una oposición traducida en los gestos de un Arévalo González dentro del periodismo, de un Arévalo Cedeño o de un Juan Pablo Peñalosa en la guerrilla, de un Horacio Ducharme o de un grupo estudiantil o de un grupo de trabajadores como la huelga de 1930. El libro de Luis Evaristo Ramírez es realmente un valioso aporte. Manuel Caballero presenta un tema de primera importancia en la polémica política de este tiempo, lo hace con su pluma diestra y con su dominio de la historia y de la dialéctica. Quiero al terminar, pues, destacar el valor singular de Catalá en esta empresa editorial, encaminada fundamentalmente a que los venezolanos no pierdan la memoria de lo bueno y de lo malo.

1985

## **DE RAMÓN J. VELÁSQUEZ EN HOMENAJE DE CUMPLEAÑOS EN LA ASOCIACIÓN PRO VENEZUELA, EL 7 DE MAYO**

Estos 70 años de edad de José Agustín Catalá fueron ocasión para que un grupo de amigos pensáramos que era la oportunidad de expresar a tan distinguido compatriota el aprecio que nos merece su larga y ejemplar trayectoria de luchador por la vigencia de la democracia en Venezuela y en toda la latitud latinoamericana.

No podemos olvidar el singular papel que durante varias décadas ha venido cumpliendo José Agustín

Catalá, en su propósito de mantener viva la memoria de la lucha por la conquista de la libertad. Los textos recopilados y editados por su propia iniciativa, han salvado notables episodios y nombres de una historia de Venezuela que de otra manera se hubiera perdido. Igual tarea ha cumplido Catalá al permitir que gente representativa de los exilios latinoamericanos encuentren tribuna para sus luchas por recuperar la vigencia de los derechos humanos en sus países. Jóvenes escritores han encontrado también en Catalá el mecenazgo para sus aspiraciones de ingresar al mundo de las letras.

Esta noche queremos recordar singularmente la tarea cumplida por Catalá en los años de la dictadura, que culminó con la edición del **Libro Negro**, lo cual le acarrearía la destrucción de su empresa y su larga prisión. Fue en esos días de las cárceles, cuando él inició la recopilación de los materiales históricos que integran hoy su excelente colección. No pensó en ningún momento José Agustín Catalá iniciar esta tarea recopiladora y este empeño editor como un vulgar cobro ni como una forma de retaliación.

Pensaba Catalá, y así nos lo decía en aquellos días de las cárceles, que la memoria histórica y política venezolana es muy frágil, que aquí se olvidan muy pronto los días de la persecución, de la violencia y del sufrimiento y que hasta se llega a pensar que la democracia no debe ser defendida porque no tiene enemigos. Señalaba Catalá cómo, si no hubiera sido por el testimonio tremendo, por las páginas sin par de José Rafael Pocaterra, se hubieran borrado para siempre de la memoria de los venezolanos las crueldades de la dictadura gomecista.

Creía Catalá, y con él creíamos nosotros, que ninguna comunidad política, que ninguna nación puede decretar la liquidación de los retrocesos. Creía Catalá y creíamos nosotros, que las naciones democráticas deben ser vigilantes y estar permanentemente alertas, revisando constantemente su propia moral, examinando las causas que determinan su falta de crédito dentro de la comunidad y recordando siempre que, para llegar al día de júbilo que fue la caída de una dictadura, hubimos de librar una lucha tremenda, de reducidos grupos de la Resistencia; una lucha que significó el empeño venezolano en esta empresa constante de conquistar la libertad.

Catalá -ya lo señalamos aquí- fue el autor, consciente de sus riesgos, de aquella proeza en la historia de la Resistencia de cualquier país que fue el **Libro Negro**. Pero también corrió riesgos de luchador político directo, al lado de Leonardo Ruiz Pineda y de Alberto Carnevali, hasta la hora de su prisión, de la destrucción de su empresa y el sistemático allanamiento de su hogar.

Catalá se empeñó en realizar una suerte de Diccionario Biográfico de esos centenares de venezolanos anónimos, sin títulos académicos ni militares, que poblaron las cárceles venezolanas durante aquella década. Sin duda, un día cualquiera publicará ese volumen y será el único reconocimiento que tendrán aquellos soldados de la democracia a quienes casi todos hemos olvidado. (*Aplausos*).

Catalá ha entendido también que la lucha de la democracia es la tarea de una comunidad, la suma de los esfuerzos colectivos. Siendo como es el gran editor de Rómulo Betancourt, ha rastreado en Colombia, en Costa Rica, en Santo Domingo, en Cuba, la obra dispersa para entregarla al país y al

examen de los estudiosos; es el hombre que ha rescatado a **Venezuela Democrática**, órgano de la Resistencia de los exiliados de Acción Democrática en México, también ha hecho lo propio con las otras corrientes políticas e ideológicas del país, firme en sus convicciones partidistas, firme en su ideología, entendiendo siempre, sin embargo, que la patria y la democracia son empresas de todos.

Ha sido también, el editor de Gustavo Machado, de Rafael Caldera, de Luis Beltrán Prieto Figueroa, de Jesús Sanoja, de Manuel Caballero, para nombrar sólo a algunos en el número muy grande de figuras dirigentes de la comunidad democrática venezolana que han recibido la atención de ese celoso guardián de nuestra memoria histórica. En ese mismo empeño, gente de Chile y gente de Nicaragua, gente de Cuba y gente del Uruguay, o de la Argentina, han recibido su amparo y han encontrado tribuna en las prensas de sus editoriales. (*Aplausos*).

Es por esa razón, entre otras muchas -unida a la lealtad, a la amistad pactada, a la permanente modestia y sencillez de su vida, al no perder la memoria para reconocer a los amigos de las cárceles, de las torturas y de los días anónimos- lo que suma esta concurrencia y lo que aglutina esta demostración nacional.

Sus amigos quisimos reconocer en él al hombre que es modesto, como deben ser los hombres de la democracia; al hombre que tiene buena memoria como debemos tener los hombres de la democracia; al hombre que entiende que la democracia es una batalla que se libra todos los días más allá de las fronteras del país. Al hombre que entendió que no puede haber democracia local, únicamente para Venezuela, como no pudo haber Independencia local, porque hubo que ir a conquistarla al Perú. Es a ese hombre a quien un grupo representativo de la Venezuela integrada por sus ex presidentes, por hombres de la categoría intelectual, política y nacional de Gonzalo Barrios, de Luis Beltrán Prieto Figueroa, por representantes muy calificados de las tendencias de la izquierda socialista y marxista, unido a periodistas y escritores muy calificados, nos hemos reunidos para dejarle testimonio de aprecio en el libro José **Agustín Catalá: Una manera de ser Hombre**, que presentamos esta tarde y que es el motivo de esta cordial reunión.

1994

**DEL PRESIDENTE RAMÓN J. VELÁSQUEZ EN OCASIÓN DE IMPONER AL EDITOR LA  
CONDECORACIÓN MÉRITO AL TRABAJO, EN EL PALACIO DE MIRAFLORES, EL 24 DE  
ENERO**

Yo quise romper el protocolo que siempre coloca al final de un acto de esta naturaleza a quien ejerce las funciones de Presidente de la República, porque éste que realizamos en el Salón Ayacucho no es un acto protocolar, aunque celebrado en la sede apropiada para actos del protocolo oficial. En este caso, se trata del reconocimiento a una figura como la de José Agustín Catalá, quien se me ha negado a recibir otras condecoraciones que le he ofrecido, pero que al fin aceptó una, la del Mérito al Trabajo.

José Agustín Catalá representa, en la lucha de la democracia venezolana, una cifra fundamental. Es extraordinaria la tarea desarrollada por él a lo largo de cincuenta años: no hay capítulo en

esta lucha en el cual no esté presente.

Su historia se remonta a los días en que, adolescente, formaba parte de la vanguardia valenciana contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, y desde entonces, en todos los episodios, José Agustín Catalá ha estado en sitio de lucha. Lo recuerdo en los años 45 a 48, en aquél de la Revolución de Octubre, cuando ya cumplía papel de editor, para desde el 48 al 58 ser hombre perseguido, torturado, pero al mismo tiempo, en los espacios que le dejaban en libertad, promover todas las empresas de protesta contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Es inolvidable el episodio del **Libro Negro**, corriendo todos los riesgos, que terminaron en la pérdida de su libertad y de su empresa, donde editamos ese Libro de denuncias contra la dictadura.

No sé cómo salvó entonces su vida, pero sí como lo vi en la cárcel después de las torturas a que fuera sometido. Y ya entonces en la cárcel, se dedicó a llevar un diario, a levantar un testimonio escrito de cuanto estaba ocurriendo en aquel mundo de la prisión y la tortura, empeñado en el segundo volumen del **Libro Negro**.

Vino el tiempo que se inicia el 23 de enero de 1958, del rescate de la libertad, y José Agustín Catalá está presente en todos los episodios. Aquí llegamos el 13 de febrero de 1959; ejercía yo la función de Secretario General de la Presidencia de la República y él la de Subsecretario. Era una época muy difícil, sin tiempo en este Palacio para pensar en libros, pues levantamientos militares y acciones de guerrillas hacían de este sitio lugar de constante peligro.

Posteriormente la labor que realiza como editor es extraordinaria, pero al mismo tiempo es el hombre que manteniendo su posición oficial, salva a mucha gente de la prisión, defiende la libertad de personas a quienes él apenas conocía y se empeña en todo momento en ser un puente de alivio, en ser un camino de entendimiento, en buscar la forma de concordia entre los venezolanos. Yo le oí en muchas ocasiones pidiendo al Presidente Betancourt o al Ministro de la Defensa, la libertad de quienes estaban en la lucha de entonces contra el régimen, y ésa ha sido una actitud permanente en él.

Junto con la de promotor de nuevas figuras de las letras, de cuentistas, de poetas y analistas políticos, corría siempre el riesgo de producir ediciones que no se vendían, porque eran desconocidos sus autores, pero él los promovía, como los sigue promoviendo. Y esa actitud la ha mantenido a lo largo de estos 35 años. Tiene la firmeza que le da la austeridad de su vida. A veces causaba sorpresa su actitud, como en el caso de su gran amistad con dos adversarios políticos, cuando el Presidente Betancourt lo invitó una noche a cenar, y le respondió que no podía porque iba a la celebración del cumpleaños de su amigo Gustavo Machado. Y siempre mantenía esa actitud; era el editor de los libros de Rómulo, pero también era el editor de los libros de Machado. Su simpatía por la Revolución nicaragüense lo llevaba a ser el editor de los libros de Tomás Borge, Sergio Ramírez, y nunca ocultó su preferencia, no obstante que ejerciera alto cargo en el Congreso de la República. Allí tenían que encontrarse en su Despacho, la gente de las más diversas tendencias, protegidas por su generosidad espiritual, protegida por su capacidad de entendimiento de las posiciones cuando son leales y virtuosas.

José Agustín Catalá es una personalidad venezolana ejemplar. En estos últimos años ha estado

empeñado –en testimonio de su amor por su tierra llanera que es otro de sus desvelos- en ayudar a la Universidad Nacional Experimental "Ezequiel Zamora". Allá lo he acompañado en dos oportunidades, y es por su impulso como se han realizado iniciativas extraordinarias en aquellos recintos universitarios.

Yo he querido decir estas cosas y poner en su pecho la condecoración de **Mérito al Trabajo**, porque este ejemplar trabajador es también un símbolo de la virtud y de los mejores valores del hombre venezolano. Buenas tardes.

1995

### **MANUSCRITO DE RAMÓN J. VELÁSQUEZ TITULADO “EN LA CÁRCEL Y DESPUÉS DE LA CÁRCEL”, UN DÍA DEL MES DE MAYO**

Dos agentes de la Seguridad Nacional dialogaban cerca del calabozo en que estábamos encerrados Leoncio Dorta, Farías Mata, David Nieves padre y yo. Uno de los espías comentaba: "Qué hombre tan berraco, yo creí que Ulises Ortega lo iba a matar, se puso como loco. Viste como lo dejó, está negro, pero el hombre no aflojó ni una palabra". Se referían a José Agustín Catalá, promotor, editor y distribuidor de "El Libro Negro de la dictadura". En medio del asombro, Catalá rompió el silencio cómplice. La Seguridad Nacional destrozó las máquinas de "Ávila Gráfica", saqueó la empresa, allanó su hogar y lo persiguió hasta llegar a su escondite. Nadie se atrevía a preguntar por su vida y todos esperaban la peor noticia.

Semanas después nos encontramos en la cárcel, donde Catalá iba a permanecer durante cinco años. Al llegar a la Cárcel Modelo, luego lo enviarían a Ciudad Bolívar, comenzó a levantar censos, a elaborar expedientes con el propósito de lograr que la futura historia de la resistencia, fuera expresión de la verdad. Al poco tiempo se había convertido en personaje fundamental en ese mundo de centenares de secuestrados políticos. Profesor de optimismo, maestro regañón, mano abierta para aliviar dificultades y también consultor y consejero para resolver los problemas de muchos compañeros de prisión que buscaban voz amiga en aquellas horas negras.

En 1944 conocí a Catalá que estaba de visita en "El País", en busca de Rómulo Betancourt, editorialista del diario, concejal por San Agustín y fundador de un partido político que en 3 años había alcanzado cobertura y renombre nacionales. Pero qué distante estaba aquel 1944 del cercano 18 de octubre de 1945. En ese año 44 se multiplicaban los personajes que evitaban el contacto con el joven líder y concejal, pues políticamente les perjudicaba su amistad.

En 1945 inicia su tarea de gran editor-difusor de la historia de la democracia venezolana, en que lleva cincuenta años ininterrumpidos. En 1948, derrocado el Presidente Rómulo Gallegos, funda Catalá la editorial "Ávila Gráfica". Es una moderna empresa que tiene su futuro asegurado. Así lo creen sus socios, pues confían en su capacidad administrativa. Pero "Ávila Gráfica" se convierte en centro y refugio de políticos y escritores perseguidos y en sus prensas se editan revistas como "Signo" de clara orientación opositora, folletos y hojas sueltas de denuncia de la dictadura para culminar con "El Libro Negro de la dictadura".

A partir de 1958, restaurada la democracia, José Agustín Catalá ha venido desempeñando un papel excepcional, al margen de los cargos públicos que haya ejercido. Acompañó a Rómulo Betancourt en la instalación del gobierno y luego el Presidente le confió la solución del problema del desempleo caraqueño y la liquidación del Plan de Emergencia. Pero en esos días conflictivos comienza también su papel -misión permanente- como factor de entendimiento en las pugnas de absurdo origen y peligrosa proyección. Han sido incontables sus gestiones, casi desconocidas, realizadas al margen de la publicidad para evitar prisiones e injusticias. Su autoridad moral como constructor de la democracia le ha permitido a lo largo de estos 35 años, establecer diálogo y buscar garantías para quienes son luchadores y representan corrientes que adversan la democracia.

La tarea iniciada en 1945 como el gran editor se ha mantenido durante medio siglo y son incontables los documentos históricos que se han salvado por su empeño, las monumentales colecciones que ha hecho posible su esfuerzo, así como el número de escritores, poetas, historiadores y ensayistas a quienes ha abierto el camino en su programa interminable de estimular el empeño creador de la gente joven.

Interminable la lista de empresas culturales y política encabezadas, promovidas o apoyadas por José Agustín Catalá.

Sin embargo lo que define sus pasos, en un país de inconsecuencias, es su lealtad a las ideas que marcaron el rumbo de su juventud y su lealtad insobornable hacia quienes eligió como sus amigos por sobre circunstanciales situaciones de poder o desgracia políticas.

**1997**

### **DE RAMÓN J. VELÁSQUEZ EN LA CASA DE LA CULTURA JUAN FÉLIX SÁNCHEZ, MÉRIDA, EL 15 DE FEBRERO**

Estamos congregados en este importante centro de la cultura merideña para asistir a la presentación de un nuevo libro de José León Tapia quien, por la originalidad de su obra, ha realizado el milagro de imponer su nombre de escritor de ámbito nacional desde la llanera Barinas, sin haber solicitado la obligatoria aprobación de los consagratorios círculos caraqueños.

Pero antes de hablar de las excelencias del libro que presenta José León, debemos hacer constar que su presencia, y también la mía en esta noche de singular cordialidad, tiene otra razón, para ambos de extraordinaria importancia. Hemos venido a tomar parte en el homenaje que Mérida cultural y universitaria, rinde a José Agustín Catalá, un venezolano de larga vida ejemplar y autor de dilatada obra como pedagogo de la democracia.

En este tiempo venezolano caracterizado por una visión pesimista de nuestra realidad causa asombro y entusiasmo que tanta gente se reúna, nos reunamos, para reconocer, en alta voz, la trascendencia de la tarea que a lo largo de sesenta años viene realizando Catalá. José Agustín ha editado miles de libros, revistas, folletos, hojas sueltas clandestinas, las obras de los grandes del pensamiento nacional, los libros de jóvenes principiantes, además de las magnas colecciones

que rescatan el proceso del pensamiento político venezolano. Pero esta tarea que no ha conocido interrupciones ni desmayos, es solamente una parte de su meritorio ejemplo ciudadano. En este aspecto, su tarea tiene par en nuestra historia con la realizada por Valentín Espinal durante el siglo pasado y por Herrera Irigoyen a comienzos del siglo XX.

Editar libros es tarea que muchos pueden cumplir. Pero el mérito singular de Catalá en este campo está señalado por el sentido de enseñanza, de pedagogía para el ejercicio de la democracia que le imprimió desde los días juveniles, al empeño personal que convirtió en misión. Posición inmodificable, como lo acaba de apuntar Ángel Ciro Guerrero. Tarea para la cual no han existido en Catalá, tiempos de precavido silencio frente al acoso de las dictaduras, ni horas propicias para elevar himno a los valores de la democracia. En 1953, nos encontramos en la Cárcel Modelo de Caracas y luego vendría la Cárcel Política de Ciudad Bolívar, pues Catalá había arriesgado la paz familiar, su condición de naciente empresario gráfico y su libertad, para ser en Venezuela el único editor comprometido con la causa de la democracia representativa que en hojas y folletos denunciaba la realidad de un país sometido a una nueva tiranía. Empresa que culminó con la redacción, impresión y distribución desde los talleres y oficinas de Ávila Gráfica de EL LIBRO NEGRO DE LA DICTADURA, proeza mayor de la denuncia.

La justicia de este reconocimiento que congrega en Mérida a estudiantes, artistas, profesores, escritores, poetas y pintores, tiene múltiples explicaciones para quien se interese en saber por qué se realiza. Catalá ha sido el guardián y divulgador de la historia, casi desconocida, de las luchas que por la libertad han sostenido venezolanos de todos los tiempos. Por el esfuerzo de Catalá se ha podido realizar la admirable tarea de dar a conocer el rescate investigativo del proceso del pensamiento político de los siglos XIX y XX venezolanos. Y así como Catalá publica, casi siempre a costo, propio de editor, la obra de los grandes pensadores nacionales también, es en repetidas ocasiones el editor de jóvenes autores, poetas, historiadores o ensayistas que buscaban, sin encontrarlo, al editor de una obra que seguramente no tendría lectores. También Catalá ha sido siempre mano amiga para los perseguidos por razones político-ideológicas, de gentes que no comulgan con su credo democrático.

Y hay otro motivo conocido por los artistas, poetas, políticos y escritores de Mérida, así como también por sus iguales en Guanare, Cumaná, San Cristóbal y San Fernando de Apure, pues Catalá que además es caraqueño de adopción y ama a Caracas, considera y dice en voz alta, que Caracas no obstante ser el corazón de Venezuela no es toda Venezuela como algunos creen y actúan en consecuencia. Catalá en sus tareas de promotor de la cultura y maestro de la democracia concede la categoría debida a los poetas, artistas, políticos y escritores que viven y laboran en Tovar, en Coro, en Maturín, en Zaraza y por esta razón, su obra alcanza las verdaderas dimensiones de lo venezolano.